

HISTORIADORES, HISTORIA, ESTADO Y SOCIEDAD

Comentarios críticos en torno al
Ensayo histórico sobre la noción de Estado
en Chile en los siglos XIX y XX, de Mario Góngora¹

por Gabriel Salazar Vergara

Desde que, a fines del siglo pasado, algunos aspectos típicos del desarrollo económico-social chileno del llamado "período portaliano" comenzaron a evidenciar síntomas profundos de crisis, varias generaciones de científicos sociales - en su mayoría historiadores - se han volcado al estudio de lo que posteriormente se llamaría "nuestra inferioridad económica", "la crisis moral", "la eterna crisis chilena", "el desarrollo frustrado", "el desarrollo del subdesarrollo", o "la dependencia". Como quiera que se denomine, la crisis que ha cruzado la sociedad chilena durante el último siglo ha demostrado ser de una naturaleza tal que, por un lado, sobrepasa y trasciende los sucesivos intentos realizados para resolverla, mientras que, de otro, ha forzado a los chilenos a una reflexión permanente, no sólo sobre los acontecimientos del presente inmediato, sino también sobre toda la longitud y profundidad de su historia contemporánea. No es extraño, pues, que un particular género de análisis: el "ensayo histórico", haya jugado por décadas un rol central en el "gran debate de los chilenos del siglo XX", especialmente cuando se ha ingresado en fases críticas y cruciales.

En el pasado, los historiadores chilenos - tanto académicos como no académicos - intervinieron con regularidad en el gran debate nacional. Tanto es así que lo más sustancial de la ideología chilena sobre "desarrollo" - dando a este término el más lato y aséptico de los sentidos posibles - ha sido entregado a través de "ensayos históricos". Basta recordar los nombres de algunos de los ensayistas: Miguel Cruchaga, Valentín Letelier, Agustín Ross, Francisco Encina, Domingo Amunátegui, Guillermo Subercaseaux, Carlos Keller, Alberto Edwards, Oscar Alvarez, Pedro Aguirre Cerda, Julio César Jobet, Marcelo Segall, Aníbal Pinto, Hernán Ramírez, André Gunder Frank, Luis Vitale, y otros. Todos los "ensayos" escritos por estos autores - que ejercieron en su tiempo una considerable influencia formativa sobre los distintos sectores de la opinión pública - trabajaron lo que podría llamarse "el sentido" de la historia de Chile.

Sin embargo, después de Edwards, la intervención de los historiadores universitarios chilenos en el gran debate nacional menguó ostensiblemente, aumentando, en cambio, la participación de economistas, sociólogos y científicos políticos, en especial, después de 1960. Se podría afirmar que, excepción hecha de los historiadores marxistas de los años 50 y 60 - Jobet, Segall, Ramírez, y Vitale - no se ha registrado después de Edwards ninguna contribución significativa de los historiadores universitarios chilenos al debate nacional, al menos conforme la tradición de los "ensayos históricos". El crucial período 1938-1981, quizás el más completo y trascendental de la historia de Chile independiente, ha presenciado el repliegue de los historiadores

cia los remotos tiempos coloniales. No hay duda que esa temprana etapa histórica permite un ejercicio más distante y objetivo de la práctica historiográfica, por su mayor reposo relativo y su posición periférica respecto de los períodos normalmente quemados en el debate general. En otro sentido, los historiadores universitarios han preferido, cuando se han aventurado más acá del período portaliano, trabajar en profundidad, eruditamente, pequeños segmentos de historia nacional que, si bien les ha permitido producir varias obras maestras, son apenas granos de arena para la trascendental reflexión histórico-política que demanda operar sobre "el sentido" de los grandes procesos, los cambios en las grandes estructuras y los movimientos de todos y cada uno de los agentes sociales.

La introversión academicista de la ciencia histórica chilena durante el crucial período 1938-1981 ha favorecido, en cierto sentido, el desarrollo de una reflexión nacional crecientemente ahistórica, estructuralista, nominalista y generalmente ideologista, en la que los esquemas teóricos abstractos tomados de una práctica ahistorizante de la economía, la sociología y la geopolítica) han ejercido una supremacía abrumadora en la conciencia social, arareciendo los términos del debate político. Uno tras otro, los grandes esquemas ideológicos abstractos (a saber, el desarrollismo, el anti-dependenismo y el neo-liberalismo) han concluido o están concluyendo por enfrentar una crisis particular, reproduciendo así la sensación chilena de "crisis crónica". El resultado de ello puede ser - y parece ser que ya es - que el pueblo chileno experimente crecientes dificultades para llamar las cosas por sus nombres propios, es decir, con términos directos que permitan una adecuada comprensión de lo que realmente ocurre y favorezcan la intercomunicación entre todos.

La historia, como ciencia viva, es decir, como un método científico determinado que trabaja desde el interior de la práctica social de hombres concretos, puede, mejor que otras ciencias sociales, conducir el debate hacia el punto en que "el hombre y su circunstancia" dialogan entre sí entendiéndose e influyéndose mutuamente. No es por azar que los chilenos, cuando hemos sido compelidos por la "crisis crónica" a buscar nuestras raíces, hemos encontrado mano del "ensayo histórico" y no de otra cosa, antes que nada. Pero los historiadores universitarios acordaron tácitamente que la única ciencia histórica posible es el estudio disecante de los tiempos casi infinitamente muertos. Consecuentemente, se autoexiliaron en los tiempos coloniales. Todavía más: anatematizaron el carácter acientífico de los "ensayos históricos" con excepción de uno o dos -, su compromiso visible con la historia viva y su carácter "interpretativo". No puede extrañar, pues, que en recientes historias de la historiografía chilena se hayan excluido por completo algunos historiadores que, por satisfacer - bien o mal - los requerimientos de la historia viva, arriesgaron algo más que su prestigio académico-gremial.²

Si se tiene presente lo anterior, se comprenderá de inmediato la importancia del "ensayo" escrito por el profesor Mario Gónora en 1981: rompe medio siglo de silencio social de los historiadores chilenos, saca por fin una voz históricamente sabia a plena luz del día, abre las ventanas de la "caverna platónica" colonial, restaura la función social - más que académica - de los "ensayos históricos" e incita el debate nacional a tomar verdadera altura, es decir, a retornar a lo que es propio. En este sentido, sin duda, este estudio está llamado a tener consecuencias de significación en la ya larga reflexión chilena sobre la "crisis crónica" del país.

Es también un hito importante en otro sentido: revela una evidente

superación del nivel histórico-académico medio de este tipo de estudios. Como se dijo, después de la obra clásica de Edwards, los esquemas abstractos tomaron posesión de la reflexión sobre la crisis. Sintomáticamente, la "sociología del desarrollo" - que sustituyó desde 1956 los tradicionales "ensayos históricos" - descartó casi por completo, hacia 1972, las dimensiones históricas del análisis.³ Los historiadores marxistas de los años 50 y 60, junto a economistas como Aníbal Pinto, Osvaldo Sunkel y Jorge Ahumada, fueron más bien una generación transicional entre el historicismo de los años previos y el estructuralismo que domina después de 1960. La aparición del "ensayo" de Góngora, en cambio, involucra una superación del estructuralismo dominante, una revalorización del complejo movimiento particular de la realidad por sobre la intelección abstracta de las estructuras totales, el manejo de grandes masas de información sobre hombres, hechos e ideas, y, sobre todo, un respeto creciente por la complejidad de la existencia y decreciente por las esencialidades de la conciencia teórica. No cabe duda que la pericia historiográfica, demostrada ya varias veces por el profesor Góngora, le permite ahora dar el primer paso relevante para la remoción de ciertas tendencias inherentes a la reflexión nacional que han bloqueado más bien que contribuido a la búsqueda de un pensamiento fructífero.

La calidad historiográfica del ensayo que comentamos es especialmente evidente en los capítulos que el autor dedica a lo que él llama el fin de la "república aristocrática", y la emergencia del "tiempo de los caudillos"; vale decir, al período 1920-1932. Este sólo tramo absorbe casi un 60 por ciento del texto, se sustenta en numerosas fuentes primarias, y resulta claro, también, que es tratado más historiográfica que ensayísticamente, pues domina allí la mera descripción sobre la reflexión. Semejante concentración del análisis podría constituir una ventaja, si se le compara con la mayoría de los ensayos escritos entre 1940 y 1973, que apenas concedieron atención al período 1891-1938.⁴ A decir verdad, el autor parece situar en la década de los 20 el "tiempo-eje" (para usar una expresión de Karl Jaspers, en quien en parte se inspira) de su razonamiento histórico medular. Sin embargo, la descripción se ciñe más a la línea expositiva tradicional (acciones y reacciones) de ciertos individuos en torno al gobierno), que a la marcada recientemente por otros autores.⁵

Existe aún otro valor apreciable en este libro: es una obra crítica de ciertos aspectos actuales de la sociedad chilena. Cualquiera sea la profundidad que alcance en este sentido, el autor desarrolla su crítica sin evidenciar una postura ideológica sobrepuesta militantemente a la exposición de las ideas. En el pasado, tanto los ensayos "históricos" como los de la "sociología del desarrollo" fueron, en última instancia, expresiones de un pensamiento crítico, innovador, que se vertieron al reflexionar colectivo despertando, como es lógico, controversias y polémicas. En cambio, las sobrias "monografías históricas" - especialmente las referentes al período colonial - han fincado parte de su prestancia académica en el hecho de que rara vez han formado parte viva del gran debate nacional, y en la circunstancia de que la crítica histórico-académica no llega sino por excepción al punto de quebrar el consenso gremial que se observa normalmente entre los académicos mismos. En Chile no se ha practicado de un modo sistemático la crítica y el debate científicos sobre la producción académica, sobre todo en el caso de la historiográfica. La innegable incomodidad de polemizar "en serio" ha llevado a algunos historiadores, incluso, a determinar que deben ser eliminados de las reseñas bibliográficas habituales todos aquéllos trabajos que se estimen "polémicos". Se presume así que la "ciencia" debe identificarse con el ambiente

ecreciente del concenso corporativo y la unanimidad monacal de los académicos, y no con el juicio amplio de una sociedad que necesita ciencia. El profesor Góngora no ignora, sin duda, que su obra, destinada a un público más amplio que la quieta cofradía historiográfica, entrará en el agitado proceso de la reflexión colectiva, y que incurrirá en la falta venial de la polémica. Ningún "ensayo histórico" escrito en función de los problemas profundos de Chile puede aspirar a no ser polémico; la crítica y la contra-crítica son, en este caso, la evidencia documental de que un "ensayo" avanza hacia sus objetivos. El criterio para valorar un estudio de este tipo es algo diferente al aplicado a las "monografías eruditas": no es el silencio mayoritario de los chilenos el aval de su calidad, sino, por el contrario, su integración dialéctica a la elaboración colectiva de un pensamiento común. En este sentido, el trabajo de Góngora ha puesto ya en evidencia su valor.⁶

Pero contribuir, hoy, al desarrollo del pensamiento colectivo de los chilenos no es, de ningún modo, una tarea simple, o de la misma envergadura que la que fue 15, 50, 80 o 100 años atrás. El proceso histórico ha continuado su curso no sólo en Chile, sino en todas partes, y esto determina un conjunto de nuevas exigencias que antes no existían. Hacia 1910 - por dar una fecha aproximada - Encina, Ross o Enrique MacIver podían pensar el problema de Chile y los chilenos en términos puramente nacionales, o como un mal interior de la élite dominante por entonces. Todavía en 1930 Edwards - tal vez el último ensayador de esa generación - podía circunscribirse sólo a la aristocracia y tomar como eje sólo el problema del Estado y la virtud del Orden. Pero después de 1930 la historia de Chile ha demostrado con largueza que es un error pensar los conjuntos a partir de una de sus partes aisladas, o los procesos en función de ciertas estructuras estáticas. Ya no es posible pensar Chile sólo a partir de sus élites aristocráticas, ignorando las mayorías populares; o los males de la economía nacional, desconociendo el rol orgánico de la economía internacional; o sólo el orden cívico, olvidando las necesidades del desarrollo; o los puros esquemas ideológicos, desvalorizando las fuerzas sociales de base; o incluso la sola superestructura estatal, escamoteando el conjunto vivo de la sociedad real. Más aún: ya no es posible pensar Chile sólo como derivación declinante de un supuesto pasado clásico, escalificando las fuerzas creadoras radicadas en cada presente sucesivo. Como diría José María Maravall, no hay duda que la historia de Chile ha sufrido un proceso de aceleración creciente mientras más profundo penetra el siglo XX. Lo mismo podría decirse de la historia mundial. Incluso los elementos distintivos de los años 60 se han transfigurado notablemente al entrar los 80: la compulsión a crear un rígido orden mundial bi-polarizado da hoy paso a un creciente neo-nacionalismo; la búsqueda de modelos totales e infalibles de desarrollo admite hoy una proliferación de proyectos viables a nivel local comunitario; el llamado a la violencia legítima es progresivamente obrepasado por un movimiento mundial por la paz y los derechos humanos; el otrora ascendente marxismo estructuralista sufre una crisis y se repliega ideológicamente, en tanto que el cristianismo siente llegar una nueva etapa de rigorización social. En Chile, específicamente, la década 1970-1980 ha producido una ruptura histórica que es imposible desconocer, sobre todo por la cantidad de procesos nuevos que ha desencadenado.

Es indudable, pues, que cualquier "ensayo histórico" que se proponga hoy a los chilenos no podrá hacer ninguna contribución significativa si, junto a su consistencia académica, no se sitúa sobre la especificidad del tiempo histórico en transcurso, cualquiera sea la irreprochabilidad académica de su documentación histórica para tiempos pasados, y la capacidad para incentivar, a través de la polémica, el pensamiento colectivo. Gran parte de la

cientificidad posible para un "ensayo histórico" radica en su adecuada percepción del tiempo histórico vivo.

Es evidente que el profesor Góngora no pretendió hacer descansar su reflexión en la percepción profunda del tiempo histórico presente. El importante período 1970-1980, que él mismo califica como la década "más crítica y grave de nuestra historia", es tratado en nueve páginas de texto (pp. 130-38), esto es, algo como un 6 por ciento de su tiempo de análisis. En rigor, lo que el autor se propuso fue "considerar o mirar" el largo tramo 1830-1980 en función de una cierta tendencia de larga duración - a saber, la "crisis de la idea de Estado en Chile" -, con respecto a la cual la década más crítica de nuestra historia toma su sentido. Es claro que, a pesar de la "angustia y preocupación" que ella produce en el autor, los lectores encontrarán que en el balance final del trabajo pesa más el pasado como tal, que el presente, lo que se explica por la elevada especialización profesional de este pensador. Ello se evidencia, también, en su tendencia a definir sus categorías básicas utilizando las ideas de autores pretéritos que, como Burke, Spengler, Jaspers, Burckhardt o Weber, jugaron un rol significativo interpretando su propio tiempo histórico desde sus respectivas sociedades; o bien, en su tendencia - común a muchos ensayistas anteriores a Edwards - a identificar la esencia histórica del Estado chileno con la intemporalidad aparente de las ideas de poder del ministro Portales, aceptando un arquetipo clásico e ideal, después del cual no ha habido más que la historia de su descomposición gradual. El profesor Góngora no logra escapar del todo del embrujo portaliano, ni romper la tendencia tradicional a considerar sus ideas de poder como el referente absoluto para toda la historia nacional.

No es posible negar que el pasado tiene un rol determinante sobre el presente, en muchos aspectos significativos. Tampoco sería posible negar la sabiduría del proverbio árabe, citado por Bloch, que dice que "las nuevas generaciones se parecen más a su propio tiempo que a sus padres". Es un ejercicio difícil, sin duda, ponderar con objetividad el peso relativo y la influencia recíproca de las distintas etapas del proceso histórico. Es posible que en los países en desarrollo el pasado sea, o contenga, de algún modo, "el gran responsable". Pero sería un error grave hacer análisis de larga duración atribuyendo el conjunto de la "responsabilidad histórica" a la descomposición centenaria de una idea. El pasado pesa en la conciencia histórica de los pueblos en desarrollo como una incógnita siempre abierta, pero ello no anula la historicidad de los intentos que se efectúan para escapar de él, ni pesa tampoco como mero pasado, ya que demasiado a menudo el pasado no es más que la retroproyección temporal de ciertas fuerzas acaso demasiado presentes. Aceptar la hegemonía determinante del pasado sobre los sucesivos presentes es una tentación perenne para los historiadores académicos, y el profesor Góngora, profesional por excelencia, no renuncia del todo a ella.

Eso se evidencia en su inclinación a desvalorizar los "aportes" realizados por las generaciones posteriores a la que creó el Estado chileno del siglo XIX. Así, por ejemplo, la generación de empresarios de tipo capitalista que se incorpora a la élite chilena después de 1850, es caracterizada por el autor, fundamentalmente, por el "espíritu especulativo y financiero" y por el "ethos republicano-liberal" que trae, y que conducirán, entre 1860 y 1891 (y más allá), a la destrucción y negación del Estado portaliano y a la implantación del corrompido régimen parlamentario de comienzos del siglo XX. Resulta inevitable pensar - conforme a esta lógica - que el "Estado portaliano" no admitía, dada su coherencia ideal, contradicciones internas que lo llevaran por sí a su desintegración. Ese régimen sólo podía caer por la inserción de

elementos e influencias externas a él; pero esto resulta difícil de explicar cuando, por un camino u otro, se descubre que es la misma clase dominante chilena la que es a la vez portaliana y antiportaliana y la que concluye por destruir su Estado ideal, entre 1860 y 1891. Dada la incorruptibilidad formal de la "concepción portaliana", los historiadores que toman este rumbo se encuentran normalmente sin explicación histórica convincente para la crisis política del supuesto "Estado" portaliano, y así un Edwards se vio constreñido a utilizar el científicamente estéril concepto de "fronda", mientras que Góngora se ve forzado, por la misma razón, a renunciar a toda explicación de fondo de la desportalización inexorable de la política real, y a escribir que "obraron factores singulares, decisiones aportadas por la suerte de las batallas...una contingencia, no una necesidad" (pp. 27-8). En otras palabras, este ensayista señala que la primera crisis sería de la noción de Estado en Chile fue producto de un complejo azar histórico. No hay duda que aquí, como en otros "ensayos" anteriores, la interpretación de la historia político-estatal de Chile conforme "la idea" portaliana del Estado ha llevado a su autor a dejar algunas paradojas históricas sin resolver. El mismo plantea, por ejemplo, que, cuando la aristocracia chilena logra, después de 1891, controlar el "poder total", no pudo restaurar el "Estado" portaliano, ni siquiera tomar decisiones a este respecto. El lector puede preguntarse: ¿por qué? Resulta evidente, al reflexionar sobre tales paradojas, que lo que realmente se necesita no es referir por enésima vez la historia política de Chile a las ideas de Portales, sino analizar como era, en que se sustentó y como se desenvolvió la clase dominante chilena de carne y hueso, independientemente del "fantasma" portaliano. Un análisis de este tipo puede conducir al hallazgo de algunas explicaciones históricas sorprendentes, y a desembarazarnos de algunas de las paradojas que aún mitologizan nuestro pasado.⁷ Un análisis tradicional, en cambio, tiende a entender a Portales como el único sujeto real de la historia de Chile y reducir la historia política del siglo XIX a una "historia fantasmal" (p. 29 et. seq.).

Una dificultad parecida enfrenta el autor cuando debe examinar la declinación política de la aristocracia, la irrupción de "las masas" en la historia estatal de Chile, y el rol de las capas medias; es decir, el crucial período 1920-1932. Para él, todos estos procesos ponen de relieve la crisis de la noción de Estado Nacional, configurando un estadio aún más regresivo que el alcanzado durante el período parlamentario, que él ve como la negación misma del Estado portaliano. La crucial década de los 20 no es vista por Góngora como aquélla en que se instaura en Chile una democracia de corte moderno (que podría ser una de las contribuciones positivas de los nuevos tiempos), sino, más bien, como una etapa en la que se produce el quebrantamiento definitivo de "las nociones de legitimidad y autoridad, que normalmente deben ir juntas" (p. 83). Para él, Chile ha vivido desde 1920 hasta hoy lo que considera como "natural en épocas desquiciadas por la necesidad de halagar a las masas" (p. 83). De este modo, el rol histórico de Alessandri e Ibáñez es visto como el de consumir la desaparición del poder político de la aristocracia, por medio de la técnica de halagar a las masas mejor que otros - hasta el nivel del caudillismo carismático -, para imponer una democracia que, por haber llegado a Chile tras la gestión de esos líderes, es calificada como "democracia caudillesca" (pp. 61-2). El autor señala que "hay algo ambiguo en la democracia caudillesca hispanoamericana", puesto que descansa sólo en en carisma personal, el que no es ni estable ni duradero, ya que "depende de las circunstancias o del capricho de las masas". Tal democracia apenas cambió en las décadas siguientes.

Es inevitable pensar que, para el profesor Góngora, la clase trabajadora

chilena no es sino una "masa anónima rebelándose contra la élite", un concepto similar a los acuñados por Ortega y Gasset, Le Bon o Jaspers en los años 20. Habla, por lo tanto, de "instintos de masa", "caprichos de la masa", "masas que obedecen mientras la autoridad es poderosa"; conceptos que descansan más sobre una percepción puramente cuantitativa que sobre una de naturaleza histórico-social. De este modo, el autor concluye por negar a las "masas" la categoría de "pueblo", la que, en cambio, se reserva para aquél sector de la ciudadanía que demuestra tener sentido y conciencia del orden y la legitimidad del Estado. Así, por ejemplo, escribe en la página 124: "otro factor que documenta la formación de 'masas' en lugar de 'pueblo' es el crecimiento de la población urbana en desmedro de la rural". El "ethos republicano", dice el autor, se "extingue en 'las bases'" (p. 125).

La mirada histórica del profesor Góngora realiza, pues, una trayectoria muy similar a la de su predecesor Edwards: es la observación de una forma ideal declinante: el Estado "en forma" de Spengler o el "Estado" autoritario y aristocrático de Portales (que no se ha de confundir con el Estado autoritario de la aristocracia). Edwards creyó ver en la dictadura del coronel Carlos Ibáñez la "estabilidad normal restaurada por fin" (p. 83), y lo apoyó con entusiasmo (p. 81). El profesor Góngora, que deja en claro que para él las Fuerzas Armadas han sido "la columna vertebral del Estado chileno" (p. 133) y una institución que, por razones geopolíticas, constituye un "límite impasable frente a la ofensiva contra el Estado" (constituyendo una suerte de valor nacional "que está por encima de todo cálculo económico y de toda ideología individualista"), creyó ver a su vez en el régimen del general Augusto Pinochet "la reanudación de la idea de Estado Nacional" (p. 133). Pero, más cauto que Edwards, Góngora adscribe también a este régimen al movimiento ofensivo contra el Estado nacional, no por otra cosa que por su proclamada política de descentralización de los aparatos del Estado (o sea, por su neoliberalismo formal).

La excesiva valoración histórica de un arquetipo ideológico remoto (a decir verdad, el autor no da una definición clara y distinta de Estado; las citas iniciales de Burke y Spengler carecen de las formalidades lógicas necesarias a una verdadera definición, de modo que se deduce que, trabajando según el modelo de Edwards, su concepto de Estado no es otro que el de Portales), ha conducido al autor a realizar una reflexión oblicua, y por tanto históricamente incómoda, respecto de por lo menos tres rupturas históricas de importancia: la generada por la burguesía que surge después de 1850, que contribuyó en buena medida al establecimiento de un capitalismo industrial en Chile;⁸ el desarrollo político del conjunto del pueblo chileno y la instauración de una democracia que fue considerada por muchos como un modelo en América Latina (1910-1930), y el advenimiento, después de 1973, de un régimen con un "poder total" aún mayor que el que tuvo nunca Portales, y que es universalmente conocido por características que son muy diferentes a su política descentralizadora del Estado (la que no podría ser, paradójicamente, su contribución progresiva y no regresiva a la historia de Chile).

Semejante oblicuidad del análisis se deriva, tal vez, de la categórica afirmación del autor de que "el Estado es la matriz de la nacionalidad chilena" (p. 5 y otras). Aunque la exposición de esta idea pudo mejorarse, lo que el autor sugiere es que, cuando las Fuerzas Armadas se movieron, a todo lo largo del siglo XIX, para cimentar la independencia y las fronteras de Chile, la aristocracia desarrolló un elevado sentido patriótico (del que formó parte la ideología portaliana), que posteriormente se fue perdiendo. Es

una afirmación discutible, que aquí no trataremos. Baste con decir, solamente, que si un Estado es, en última instancia, una estructuración de poder sobre un territorio dado y en un tiempo determinado, ese Estado no es más que lo que grupos sociales concretos pudieron construir en términos de poder social, cualesquiera hayan sido sus "ideas puras" al respecto. Si bien es cierto que el poder acumulado por la clase dominante en Chile actuó ocasionalmente en el sentido de consolidar la nación como conjunto (regímenes de O'Higgins y Portales, por ejemplo), también lo es que los movimientos y procesos sociales demostraron tener, como tales, la fuerza histórica necesaria para modelarse a sí mismos (como las capas medias y el proletariado) y aun para modelar ocasionalmente el Estado "en forma" (como en 1920, por ejemplo). El poder es una función social y un proceso histórico, no una entidad metafísica actuando intemporalmente sobre la sociedad. Las Fuerzas Armadas pueden tener, sin lugar a dudas, más poder material que ningún otro sector social, pero ello no quiere decir que ese poder se identifique con el poder de la sociedad para realizar la historia que ella determine. Este es un principio fundamental de toda reflexión sobre la historia, y lo es de un modo especial en la década de los 80, que presencian, a nivel mundial, un proceso de rebelión, ya no de unas cuantas masas anónimas y caprichosas, sino de las sociedades mismas contra las cristalizaciones estatales independientes que presumen monopolizar la historia.

En suma, el "ensayo" del profesor Góngora puede ser considerado como un estimulante estudio hecho con profesionalidad y coraje. No podía esperarse menos de quien ha sido uno de los más altos exponentes de la historiografía académica chilena de las últimas décadas, sino el mejor. Cualquiera sea el tenor de las críticas y comentarios que en torno a este trabajo se escriban, ellas no podrán menos de incentivar el desarrollo de la ciencia histórica nacional autóctona, tan opacada a veces, en los últimos lustros, por el brillante trabajo de los numerosos historiadores extranjeros que investigan la "crisis crónica" de Chile.

* * *

NOTAS

1. Ediciones La Ciudad, Santiago, 1981.
2. El profesor Sergio Villalobos ignoró el trabajo de historiadores como Jobet, Ramírez, Segall y Vitale, en su reciente estudio sobre la historiografía chilena en la Introducción a su Historia del pueblo chileno (Santiago, 1980), vol. I. Ver la reseña de S. Collier en Nueva Historia No. 6, p. 133.
3. Especialmente en S. Ramos, Chile, ¿Una economía de transición? (La Habana, 1972).
4. Particularmente el conocido opúsculo de A.G. Frank sobre Chile. Ver su Capitalism and Underdevelopment in Latin America (New York, 1967).
5. Por ejemplo los trabajos de P. Drake, E. Faletto et. al., B. Loveman, G. Strawbridge, T.C. Wright, entre otros.
6. Ver, por ejemplo, el comentario crítico de J. Bengoa sobre este ensayo en Proposiciones, No. 7, 1982.